

VITA LECCIONEM

No era una pesadilla. Mi madre había muerto.

Me encontraba, aún vestida con la ropa del trabajo, delante del ataúd. Tres horas atrás me estaba llamando mi superior para informarme de que un coche la había atropellado y no había podido sobrevivir.

Destrozada, inútil y vacía sería la mejor manera de describir como me siento.

Mi cabeza no para de dar vueltas y los pensamientos de qué habría pasado si la hubiese recogido yo de casa de mi tía me carcomen.

Ese día mi madre me dijo que iba a casa de su hermana y que si podía acercarme a recogerla, que no le gustaba ir de noche sola por la calle, pero claro, mi jefe no tiene bastante con que trabaje todo el día sino que también tenía que añadir un trabajo extra que, desgraciadamente, no era ni remunerado.

Soy incapaz de aceptarlo; ojalá nada de esto hubiese pasado.

Suena el despertador, suceso que me altera ya que hoy es sábado y la alarma funciona de lunes a viernes. Abro los ojos, veo que estoy en mi cama y no en el tanatorio y por segunda vez me altero al oír mi móvil sonar... ¿Mamá?

Madre: Ángela, hoy voy a pasar el día en casa de la tita Isa, ¿Puedes recogerme a las 22:00?

El corazón se me va a salir del pecho, está pasando lo mismo que en el día anterior... ¿Es que estoy soñando?

Me pellizco una y otra vez pero nada cambia. No es un sueño.

Madre: ¿Puedes o no?

Yo: Sí, claro mamá... Allí estaré –contesto con voz entrecortada-.

Solo hay dos cosas que rondan por mi cabeza; no volverá a ocurrir, pero, ¿Qué está pasando?

Me invento una excusa y mi jefe me deja salir a las 22:00 de trabajar. No pienso dejarla sola.

El día pasa rápido. Miro el reloj, son las 21:50, por lo que empiezo a recoger las carpetas y me preparo para salir. Llego a casa de mi tía y, a través del móvil, aviso a mi madre para que baje.

Vale Ángela, todo va a salir bien...

Miro cómo, de repente, posa un pie mal y cae golpeándose con las escaleras. Mi reacción es inexistente. No, otra vez no.

Me acerco corriendo y, con las lágrimas saliendo e inundando mi cara, llamo a la ambulancia. No tiene pulso.

Llega el personal y mientras unos la cogen y la suben inmediatamente al vehículo, otros me hacen preguntas; No puedo hablar.

Me informan de que mi madre ha muerto y no hago nada más que mirar al cielo y pedir una oportunidad más.

Despierto con la alarma y rápidamente cojo el móvil para esperar la llamada de mi madre.

Madre: Hija, hoy voy a...

Yo: Sí mamá –la interrumpo–, a las 22:00 estaré ahí para recogerte.

Son las 21:45. Me preparo para ir a recoger a mi madre. Llego a casa de su hermana y subo yo, esta vez no pasará nada.

Tía: ¡Niña! Quédate a cenar con tu madre.

Yo: Da igual tita, mejor nos vamos.

Tía: Venga... Llevo tiempo sin estar contigo.

Madre: Eso es, vamos a quedarnos que además no he hecho nada para cenar.

Yo: Está bien...

Estamos comiendo cuando mi madre empieza a toser sin parar y a ponerse la mano en el cuello. Mi tía se levanta rápidamente asustada y pregunta que qué le pasa mientras yo intento hacerle expulsar lo que sea que se haya comido, pero nada.

Así pasan los días, mil oportunidades de salvarla pero ninguna en mi mano. Hoy es la décima vez que, probablemente, pasará lo mismo.

No voy a trabajar, prefiero quedarme pensando todo el día en un nuevo plan.
Esto hace, irremediablemente, que de tal cansancio me quede dormida.

Estoy en el salón de mi casa tomándome un té junto a mi madre.

Madre: Cariño, ¿Cuándo aprenderás a no perder el tiempo por algo que ya ha pasado? ¿Acaso crees que te servirá de algo?

Yo: ¿A qué te refieres mamá?

Madre: Creo que tú lo sabes mejor que nadie.

Yo: No, no lo sé...

Madre: Esta es... ¿Tu décima vez?

Yo: ¿Cómo lo sabes?

Madre: La muerte es dura, pero tu vida sigue.

Yo: Tengo la oportunidad de salvarte y no pienso perderla.

Madre: ¿Estás segura? Hagas lo que hagas no lo consigues... ¿No crees que es hora de pasar página? ¿No crees que es por algo?

Yo: Estoy segura.

Madre: Pues no deberías estarlo.

Yo: ¿Por qué?

Madre: Cuando la muerte llega, llega y no puedes hacer nada por remediarlo, ahora crees que no, pero estás perdiendo el tiempo más importante de tu vida en algo que te la está destrozando. ¿No es raro que puedas empezar el día todas las veces que quieras? Piensa, por favor.

Yo: Quizás es un milagro...

Madre: Las dos sabemos que no.

Yo: Bien, ¿qué es?

Madre: No puedo decirte nada más... Solo te pido que abras los ojos de una vez, esto es algo normal en la vida, algo que se debe superar.

Yo: ¿Cómo superar que la persona más importante de mi vida se va?

Madre: La persona más importante de tu vida eres tú y nadie más, es tu tiempo, vívelo.

Yo: ¿Por qué debería de hacerte caso?

Madre: No puedo decirte más... Adiós cariño, y ahora espero que sea de verdad.

Despierto sofocada por el sueño que he tenido... ¿Y si tiene razón? ¿Y si estoy luchando por lo imposible? ¿Y si solo fuese una lección...? Dejaré que pase lo que tenga que pasar...

Hablo con mi madre y le digo, lamentándome por ello, que no podré ir a recogerla, que tengo muchísimo trabajo.

Como es de esperar, pasa lo mismo que pasó la primera vez. Rápidamente voy al tanatorio y allí me despido por última vez de ella.

Abro los ojos. Estoy en el hospital.

Doctor 1: ¡Se ha despertado!

Doctor 2: Avisaré a su familia por teléfono.

Yo: ¿Qué me ha pasado? ¿Cuánto llevo aquí?

Doctor 1: ¿No recuerdas nada?

Yo: Lo único que recuerdo es que mi madre acaba de morir.

Doctor 1: No es exactamente así...

Yo: ¿Qué?

Doctor 1: Tu madre murió hace 5 años.

Yo: Es imposible...

Doctor 1: Caíste en coma cuando la viste fallecida.

Yo: Quiere decir que... ¿Llevo aquí el mismo tiempo?

Doctor 1: Efectivamente...

Y en ese momento, entendí realmente que no puedes tratar de cambiar un hecho pero si puedes superarlo y aprender de él, y por eso, aunque haya estado inconsciente cinco años de mi vida, ahora soy más consciente que nunca de ella.

Sara Ortega Carrasco
1º Bachillerato A

*Mención de honor del XXIX Concurso de
Relatos del IES Juan de Aréjula. Modalidad B.*